

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA (Ed.): *En primera persona. Testimonios desde la Utopía*; Ned Ediciones, Barcelona, 2013, 333 págs.

Hay libros que advertimos diferentes solo con posar la mirada en ellos. *En primera persona. Testimonios desde la Utopía* se sitúa dentro de esta categoría. El último trabajo editado por Marisa González de Oleaga, profesora titular de la UNED, recorre distintas experiencias en América Latina, pasadas y presentes, de este fenómeno surgido al margen del Estado y del mercado. Lo hace adoptando una lograda perspectiva inusual, que reivindica la memoria y el rol activo del investigador en su relación con aquello que estudia. Una propuesta que se materializa a través de un conjunto de relatos presentados, deliberadamente, sin un guión condicionado y que invitan a la lectura libre del mismo. No casualmente, el estilo evoca la creatividad a la que nos tiene acostumbrados la literatura latinoamericana.

El objetivo que se plantea este libro es claro: cómo asegurar la transmisión de la memoria de las utopías históricas a los múltiples emprendimientos de este tipo que se desarrollan, actualmente, en la región latinoamericana. El asunto no había sido resuelto en *El hilo rojo. Palabra y prácticas de la utopía en América Latina*, trabajo coordinado por la misma autora y Ernesto Bohoslavsky y publicado en 2009. En él aparecía el problema de por qué el capital simbólico de las utopías del pasado no había sido heredado por los proyectos utópicos recientes, que reflejan la imagen de ser experiencias «inéditas y aisladas» (13). El interrogante que se plantea este nuevo proyecto es, por tanto, de qué manera se puede establecer un diálogo entre las utopías pasadas y presentes, que permita promover la circulación de dicha memoria. Así, los emprendimientos futuros serían depositarios de la herencia acumulada por las experiencias anteriores. Además, el fruto de este diálogo llevaría a la resignificación del concepto de utopía, en cuanto que obligaría a revisar si toda experiencia con aspiración utópica puede ser definida como tal.

Pero, ¿qué dispositivos son necesarios para alcanzar dicho propósito? El trabajo se decanta por una propuesta de carácter *tripartito* y *testimonial*, a través del uso de varias estrategias discursivas que buscan construir un puente de identificación en una doble dirección: tanto con el relato como con el lector. Ello se ha alcanzado mediante tres mecanismos: la incorporación de la *voz media*, la percepción del relato como *fricción* y la adopción de la *coralidad* en cada una de las composiciones. Por *voz media* debe entenderse la utilización de una voz gramatical a caballo entre la voz activa y la voz pasiva. Un instrumento a través del cual el autor del relato aparece a la vez como sujeto y objeto de las acciones que se narran, ejecutándolas pero paralelamente siendo afectado por ellas. En segundo lugar, este trabajo plantea la incorporación al relato de lo que se ha denominado *fricción*. Esta figura consiste en contemplar el conocimiento que aporta la narración desde una perspectiva no mimética. También, demanda al lector una dosis de responsabilidad, porque supone concebir aquello que se está

transmitiendo como un conocimiento en proceso, que se construye a través del diálogo establecido por el que relata y el lector. La última de las estrategias narrativas que se desarrollan en este libro es la polifonía o la *coralidad*. A través de la diversidad de perspectivas y de voces, este libro sostiene que además de los distintos puntos de vista los relatos generan un efecto irónico, entendida la ironía como «negación de un sentido literal» (p. 19).

La estructura tripartita, también, es apropiada por el orden argumental de la obra, compuesta por 15 relatos divididos en cinco apartados. Cada uno de éstos alberga un trío de historias o tramas que conjugan pasado, presente y reflexión (sea esta teórica, filosófica o literaria) de las utopías latinoamericanas. Envueltas en un ropaje exótico y sugerente, estas triadas de experiencias utópicas trasladan al lector a diferentes paisajes, épocas y atmósferas contemplativas de la América Latina de ayer y de hoy. Los testimonios de estas experiencias, contadas por sus protagonistas, han desafiado las fronteras de lo convencional y se han atrevido a (re)inventarse como formas de *no lugar*, como ensayos de lo *imposible*, aspirantes a convertirse en alternativas genuinas de *mundos mejores*. Esta organización del texto permite e invita al lector a recorrer sus páginas en el orden que prefiera. Invitación que las autoras de esta reseña hemos aceptado.

Este hilo argumental comienza exponiéndonos en cada uno de los cinco bloques un relato pretérito. En el primero de ellos Marisa González de Oleaga presenta la experiencia utópica de Nelia Bursuk, testigo de la Colonia Libertaria del Chaco argentino, de principios del siglo XX, que a sus más de 90 años sigue siendo fiel a los principios del anarquismo como «una manera de estar en el mundo» (p. 39). La segunda utopía histórica nos traslada al Caribe, de la mano de Yazmín Ross, con la historia de Marcus Garvey (1887-1940). Enmarcada en matices afrocaribeños y anglófonos, nos muestra su ambición de crear la gran nación africana bajo la forma del *Back To Africa Movement*, cuyas reminiscencias llegan hasta hoy día a ritmo de *reggae*. En el siguiente bloque conocemos la que, en nuestra opinión, constituye la mayor experiencia utópica sugerida en el libro. Junto a una de sus integrantes, Raquel Fosalba, llegamos a la Comunidad del Sur (Uruguay), entre 1958 y 1975, que llevó a cabo un sistema de organización social autónoma y alternativa, creando sus propias formas de producción, de participación política y una filosofía común. El relato incluye un esfuerzo de autocritica, por parte de su autora, sobre las dificultades que implicaba asegurar la sostenibilidad del proyecto. Esta experiencia nos advierte que las utopías no están exentas de riesgo. El caso más extremo lo trae la experiencia, en el cuarto bloque, del Partido Comunista Revolucionario en Argentina, durante los primeros años de la década de los 70, que pretendía «instaurar el socialismo en una dictadura del proletariado» (p. 223). Madó Resnik nos introduce a este proyecto, a través de la historia de Marina Malamud, desaparecida en 1976. Por último, el quinto bloque nos trae la historia de un *quijote* de la Pampa, del maestro socialista español Manuel Jarrín, quien con sus diarios nos transmite las memorias de un desplazado a los confines de la Argentina rural de

principios del siglo xx. Un relato cuya autora, María Silvia di Liscia, escribe empleando la *voz media* y en el que se observa, más que en ningún otro, la estructura tripartita sugerida por la editora del libro.

Las huellas de esta utopía se reflejan en el presente, a través del comedor de Elena, *Los pibes* II. Madó Reznik dialoga con esta *quijote* del siglo xxi, que lidera sin apoyo un emprendimiento solidario en la comunidad argentina de Berisso y que día a día lucha contra los molinos de viento del hambre y la pobreza, como monstruos castradores de utopías. Con el objetivo de transmitir, en formato televisivo, el discurso del pensamiento utópico, nació la serie documental *Utopistas*, proyecto concebido en 2010. A través de una voz colectiva, creada mediante distintos testimonios, logra tematizar en la opinión pública argentina esta idea de mundo alternativo. El diálogo entre pasado y presente nos llega, de la mano de Ernesto Bohoslavsky, a través de la experiencia de la colonia galesa en las localidades patagónicas de Trelew y Rawson, preservada precariamente en sus pequeños museos. Un intento insuficiente para transmitir la memoria de este emprendimiento utópico del siglo xix. Quienes sí consiguieron rescatar el legado de la comunidad judía, en el barrio bonaerense de Villa Lynch, fueron los miembros del Centro Cultural Peretz, que tras su cierre en la década de los 90 volvió a abrirse renovado en 2005, y donde hoy en día difunden esa herencia, según nos cuenta Nerina Visakovsky. Por su parte, Ximena Tordini y Ernesto Lamas introducen la red de radios comunitarias gestionadas por el Movimiento Campesino de la provincia argentina de Santiago del Estero, que se configura como medio utópico para la construcción de una voz colectiva, transmisión de saberes y resistencia al poder político y económico. Un germen de autonomía en construcción, dirigido a «rescatar la cultura, el cuidado del medio ambiente y la identidad campesina» (p. 61).

El libro concluye este diálogo entre pasado y presente a través de una reflexión teórica sobre la utopía en cada uno de los bloques que lo componen. Porque ante todo el devenir de la utopía pasa por una reflexión sobre sí misma. A esta visión crítica llegamos guiados por Fernando Aínsa, cuya sugerente propuesta invita al lector a (re)pensar la historia de América Latina desde una perspectiva utópica, a partir de una revisión de la literatura producida en la región. Esta literatura incluye géneros y formas narrativas diversos, abarcando la ficción, el ensayo y la poesía. Proponiéndoselo o no, ejemplos de todas estas formas los encontramos a lo largo de las páginas de este libro. La narrativa de ficción llega, de manera metafórica y demandando un esfuerzo en el lector, a través del relato de Gisela Heffes. Este texto problematiza el concepto de utopía y se interroga por su carácter idealista, en tanto modelo perfecto de sociedad. Por último, cuestiona la capacidad de la utopía para hacer frente a la conciencia, entendida esta como pensamiento occidental. El testigo de esta actitud filosófica es cedido a Claudio Martyniuk, quien entiende el ensayo como «género histórico de la utopía» (p. 132), al margen de las formas de escritura habituales, a las que acusa de truncar en el lector la sensibilidad y el pensamiento. Su pro-

puesta defiende la utopía como sinónimo de libertad: para imaginar, para pensar y para ensayar. Sin embargo, advierte de los peligros sobre la utopía como *solución total*. Por su parte, Raúl y René Weis nos regalan una reflexión sobre la utopía en clave de poesía. En estas páginas se vuelve a cuestionar la posibilidad de la utopía y su poder de subsistir, de poner en práctica sus valores como sociedad nueva, desafiando las formas tradicionales de convivencia. Finalmente, Marisa González de Oleaga hace una apuesta por rescatar la memoria en los museos como forma de utopía, dando voz a relatos de ayer y de hoy que permitan materializar el intercambio entre pasado y presente.

Tras el recorrido por el pasado y el presente de la utopía en América Latina, así como por las reflexiones teóricas sobre este fenómeno, el libro nos deja —como gran moraleja— la visión de la región como un semillero fértil de experiencias utópicas. Una afirmación con la que el texto vuelve a remarcar su pensamiento de ruptura, al ir contracorriente a la imagen generalizada de la región como imitación de modelos de organización política copiados de las sociedades desarrolladas de Occidente. El argumento constriñe el razonamiento del lector, no dejando soluciones cerradas y empujándole a «ensayar» un ejercicio de libertad, desafiando los esquemas políticos dados. Un esfuerzo intelectual que obliga a plantearse algunos interrogantes de gran calado y, por tanto, de muy difícil resolución. Entre estos destaca, por su complejidad, el problema en torno a determinar qué ensayo de utopía, después de una rigurosa evaluación, puede ser considerado como tal. La pregunta que plantea este problema es si todo ensayo utópico es válido. Un fantasma del que el proyecto no podrá zafarse. Este interrogante da lugar a otro, como es analizar los límites de la utopía, que pueden transformar a esta en distopía, presentándola como *solución total*. Del mismo modo, del texto se desprende cierta incertidumbre en torno a la sostenibilidad de estos proyectos utópicos, es decir, en torno a su capacidad de negociación y búsqueda de equilibrio frente a las presiones de agentes externos, propios de su inserción en una sociedad global. Paralelamente, esta capacidad también se ve cuestionada en su forma de superar las tensiones internas que conlleva toda utopía.

Todos estos interrogantes plantean un esfuerzo posterior, encaminado a rescatar los aprendizajes de los ensayos utópicos. Esfuerzo que exige un ejercicio de autocritica profundo. En definitiva: «una política de reconocimiento de los sufrimientos y los fracasos» (p. 133), pero también de los aciertos de estas experiencias. Esta condición es inherente a toda utopía, en tanto ensayo en permanente construcción. Por ello, *En primera persona* no se nos antoja como el final de este proyecto, sino como un punto y a parte en su recorrido, como una oportunidad para cerrar la trilogía iniciada con *El hilo rojo*. ¿Aceptarán sus autores este nuevo desafío?

Teresa Álvarez Martín-Nieto y Roraima Estaba Arraiz
Universidad Complutense de Madrid